

El valor de las ideas

La vida por encima de todos los sistemas

«La verdad no es una teoría, sino un hecho, la vida misma» —ha escrito Bakunin en una carta de la prisión—. Es lo que nosotros pensamos también de la libertad, de la justicia, de todas las grandes y nobles ideas. No son grandes y nobles y bellas por sí mismas, en tanto que doctrinas, en tanto que expresiones y manifestaciones de la vida misma.

Por sobre todas, las doctrinas, por encima de todos los sistemas, superior a todas las ideas, está la vida, y nada nos produce tanta repugnancia como los doctrinarios, los que, en lugar de tener como fuente perenne de inspiración la realidad, viviente, se aferran sacerdotales a estas o aquellas abstracciones y quieren que todo se doblegara a ellas, sin advertir el ridículo de su posición cuando los torrentes de la vida desbordan sus presiones y se abren cauce propio.

El valor de una idea ha de medirse por lo que significa como resorte, como inspiradora, como suscitadora de la acción. Las ideas en sí, como entelequias metafísicas, independientes de la realidad, y sin influencia activa sobre ésta, pueden ser todo lo bellas que se quiera, pero son absolutamente inútiles e infundadas. Rendir culto a una idea es solazarse en la masturbación y en la haraganería mental, pues una idea no se dignifica y enaltece más que por los hechos que ha motivado, no por las expansiones verbales y las lógicas rutinarias del culto.

Entelequias infundadas

No queremos con esto negar virtualidad al pensamiento; sólo queremos poner de relieve que las ideas en sí, que no son ideas-fuerzas, ideas-acción, que no sirven para estimular la capacidad de hacer, regular en el hombre, carecen de valor, y su existencia o su inexistencia no pesa en la balanza.

Las ideas no son un fin, son un medio, un instrumento; ahora bien, el instrumento hay que hacerlo servir para algo, pues de lo contrario es estéril. Si las ideas no existen más que como abstracciones metafísicas, irreales, hacen el efecto de herramientas que se oxidan sin contacto con las manos laboriosas que las manejan. ¡No respetemos ninguna idea, por sublime que aparezca, si no es punto de partida para una acción determinada, y no rindamos culto a ninguna abstracción, aunque se presente en los más bellos colores!

Además no hay ideas acabadas, perfectas, de valor universal y eterno fuera de las constataciones elementales de los sentidos: una tem-

peratura elevada es insostenible, la vida sin un mínimo de nutrición es insostenible.

Cada época modifica las ideas heredadas, las enriquece, les agrega nuevos matices o las desecha y anula. La evolución es incontestable. Puede haber períodos de estancamiento, de adormecimiento, pero la estabilidad es entonces solamente pasajera. Lo que no se renueva perece, y las ideas que no se alimentan sin cesar de nuevas experiencias, contrastaciones, estímulos, se extinguen en la infundación.

Sólo sirven las ideas que se mantienen en la acción de los hombres y se ratifican o se rectifican por ella, es decir, las ideas-fuerza, las ideas que son ya comienzo de la acción, que llegan de las circunvoluciones cerebrales a los músculos, a la vida de la calle.

La dogmatización nefasta

Una idea que se convierte en dogma es una idea que rezuma olor de cadáver. Todo dogma es un obstáculo, una obstrucción de la acción, y además un dique al enriquecimiento continuo del cerebro por nuevas experiencias y comprobaciones. Y en los espíritus de vitalidad, de energía, de conocimientos escasos, la dogmatización de las ideas es en extremo corriente. De ahí que, cualquiera que sea su credo, son prácticamente pasivos en cuanto a la acción propia y perjudiciales en cuanto pretenden trabar la acción ajena.

Por otra parte, ¿es que los que actúan, los que hacen, consultan el catecismo de su ideología para decidirse? Las ideas que no se han hecho carne y sangre en los hombres, que no se han diluido en todo su ser, en su mentalidad, en su conducta, en su manera de ser y de reaccionar ante las contingencias de la vida, son como los carteles que se pegan a los muros; la lluvia los despega sin gran esfuerzo.

La adhesión a una doctrina

Nosotros no entendemos así la profesión de una idea, la adhesión a una doctrina. Si no nos identificamos con ella más que cerebralmente, no con todo nuestro ser, no nos satisface ni nos sirve. Nos consideramos anarquistas, no porque conocemos las ideas anarquistas, sino porque no tenemos ninguna aspiración a mandar sobre los semejantes ni consentimos, más que a la fuerza, que otros manden sobre nosotros; porque sentimos odio a la tiranía; porque nos repugna la mentira; porque nos duele la injusticia de la explotación del hombre por el hombre. Y todo esto está hecho carne en nuestro modo de ser y sentimos que no podríamos comportarnos de otro modo. No es que un dogma cualquiera nos lo impida o nos lo ordene; somos así, porque

las ideas que hemos hecho nuestras se fundieron poco a poco con los sentimientos y pensamientos que pueden ser tal vez temperamentales. De ahí que cuando nos resolvemos a un acto o a una abstención, no lo hacemos en vista de tal o cual párrafo de doctrina, sino en virtud de lo que sentimos en el instante de esa acción o inacción.

Anarquistas que se ignoran

Y aún diríamos más sobre las ideas. Si nosotros hemos llegado por la influencia de las ideas anarquistas a ser lo que somos, a reaccionar como reaccionamos ante la vida, no excluimos que otros puedan llegar a la misma forma de ser, al mismo comportamiento a través de la influencia de otras doctrinas, de otras ideas. Son muchos los anarquistas que se ignoran, que piensan, sienten y obran como los anarquistas, y en cambio han sido inspirados por ideas tal vez en contraste. Porque no está dicho que las ideas que uno recibe por la experiencia, el estudio, el ambiente, hayan de producir los mismos resultados. Casi todos hemos sido educados en principios religiosos, de obediencia y de resignación y hemos plasmado nuestra personalidad contra todo ello.

Pocos habrá más interesados que nosotros en la propaganda de las ideas libertarias, a cuyo déficit atribuímos buena parte de nuestra situación social. Pero no queremos, sin embargo, establecer catecismos, tablas de la ley, dogmas; queremos despertar conciencias, llevar luz a los cerebros oscurecidos por la ignorancia, suscitar apellidos de saber y de conocer. Nuestros libros pueden ser instrumentos preciosos en ese sentido, y todo ensanchamiento de horizontes mentales es beneficioso. Sin embargo, nos repugnan que fuesen tomadas esa hermosa literatura, por espíritus demasiado estrechos y demasiado poco cultivados en la libertad y para la libertad, como una doctrina religiosa, de observancia obligatoria, de culto externo. No aspiramos a que la esencia de nuestras ideas halle en los hombres campo abonado para la comprensión y la fecundación; queremos que esas ideas, que propagamos con la esperanza de que sirvan de instrumento de acción, lleguen a ser absorbidas, asimiladas en tal forma, que luego no puedan ser convertidas en formalismos superficiales —ideas no digeridas— sino en una modalidad de ser, en una expresión de conducta, de comportamiento y de reacción mental y sentimental especiales. Un alimento que no se transforma en jugos vitales, produce una indigestión estomacal; una idea que no se asimila en el cerebro hasta transformarse en resorte de actividad, en dirección de conducta, en vida real, no ha sido digerida tampoco y puede convertirse en dogma y hacerse repulsiva como culto externo, superficial, vacío de espiritualidad y de verdad.

Lo que me dicen
las estrellas

La canción de la noche

Cara a las estrellas... Heme aquí, como otras tantas noches, convertido en antena de ese cielo de armonías inmensas, ilimitado, amplio y remoto a mis ojos, ávidos de lejanías.

Es la hora de contención... La ciudad, arrullada por las olas latinas de nuestro mar legendario, rememorante de audacias y gestas homéricas, se ha dormido, recostada en las estribaciones de Montjuich y del Tibidabo, estas dos montañas prestidigitadas por la aureola de la leyenda y cimeradas hoy por la técnica moderna con atalayas de luz.

Levanto los ojos a la serenidad augusta de los cielos, instrumento planetario, al decir de Pitágoras, más armonioso todavía que la música, y la estrella solitaria, aquella que huye las multitudes estelares de la Vía Láctea, recordándome, por su amor a la soledad, a Zenón de Chipre, discípulo de Crates y fundador del estoicismo, me dice:

—Cultiva la armonía en ti... Ama la sencillez... Desembarázate de todo lo superfluo, de todo lo artificioso, de todo lo convencional y vive armoniosamente; esto es, vibra... La vida es una vibración, que hay que renovar a cada instante. Observa la Naturaleza. Todo en ella es una vibración perennemente armoniosa. Desde el gusano, que se arrastra en las hendiduras de la roca, hasta el águila, que aletea mecidiéndose en las alturas, la armonía no se rompe; forma a través de todos los organismos vivos una escala de notas musicales, que sube desde la tierra hasta el cielo, pero que no tiene principio ni tiene fin; que no se sabe dónde empieza ni dónde acaba; esto es, que es infinita en el Espacio y eterna en el Tiempo... Antes que la materia diseminada, pulverizada, formada las nebulosas, que más tarde habían de condensarse plasmándose en estas magníficas flores celestiales, la armonía existía ya. Por ello existe y en ella descansa el Universo... La vida consiste en la armonía. Y la Virtud, y la Belleza, y la Bondad... La armonía es el alma del Mundo... Para representártela, imagina un círculo inmenso, infinito, cuyo centro está en ti y en cada uno de los cuerpos y corpúsculos del macro y del microcosmo, pero cuya periferia no está en ninguna parte... Tú eres el centro de ti mismo. No sometas, por eso, ni te dejes someter. No olvides estas máximas del sabio de Cretona: «No seas tirano de nadie, ni aun de tu perro. No seas

En esta hora difícil...

Lo que hay que hacer

Pues, sencillamente, hay que hacerlo todo. Porque todo está por hacer.

De este todo, me voy a referir a dos aspectos esenciales: Sindicatos y Propaganda.

Son actividades parejas. No se puede decir: ésta primero y aquélla después, o viceversa. Hay que desarrollarlas a un tiempo, porque, al fin y al cabo, casi son una misma cosa.

Sindicatos

Hay que hacer Sindicatos. Hay que fortalecer los existentes. Sin Sindicatos no hay Confederación, y sin Confederación, la revolución carecerá del matiz libertario que nos proponemos imprimirle. El primer deber, pues, de todo anarquista es militar activamente en el Sindicato de su profesión. Nada de que el Sindicato es desagradable; nada de disculpas pueriles. El Sindicato es desagradable para los gandules, para los deportistas de la revolución. Para los revolucionarios de verdad, todo lo que sea luchar por la revolución es agradable.

Hay que militar en los Sindicatos, no para ir a Plenos y a Vacíos, sino para propagar las ideas anarquistas entre los trabajadores con una conducta austera y limpia. Hay que militar en los Sindicatos, porque nuestra militancia evita el reformismo y anula sus posibilidades. Yo no soy un fanático del Sindicato, ni un sindicalista exclusivo; pero me percaté más cada día de la importancia de aquel formidable organismo de lucha. A la burguesía se la hiero, se la combate y se la derrota desde el Sindicato, cuando éste posee bríos y sus militantes entereza y unión. Los que convierten el Sindicato en un semillero de discórdias y zancadillas, son dignos de alguna caricia contundente. Porque perjudican a la revolución más que la represión estatal y más que el propio capitalismo.

Con la vida sindical suele a veces suceder esto: que actúan de orientadores, inspiradores, etc., los que no militan en los Sindicatos. Lo que aquí suele suceder a veces, en el sector socialista, tiene carta de naturaleza. Por nosotros debemos impedir que ni aun a veces, tenga esto lugar entre nosotros.

Hay que ir al taller, a la fábrica, al andamio. Y desde allí se puede orientar con el ejemplo, que es lo que conviene mejor. Cuando uno reniega del trabajo, reniega de la revolución; y si se dice revolucionario es porque la prerrevolución le amamanta con un enchufe.

Los miembros de las Juventudes Libertarias han de acudir a los Sindicatos. Son lugares magníficos para desarrollar las facultades proselitistas y para no dejar que la energía juvenil se atrofie.

Los camaradas de la F. A. I. tienen la obligación moral de militar en los Sindicatos, no para ejercer ninguna presión directorial, sino para influenciarlos con lo que más hiera la retina de los otros y más impresione causa: la conducta ejemplar.

La revolución se producirá como una fuerte eclosión de multitudes. Y según el sentimiento de éstas, será el giro y matices. Si los anarquistas han trabajado a las masas desde los Sindicatos con perseverancia, tenacidad, unión y buen ejemplo, las masas serán quienes impondrán a la revolución una tónica libertaria. Las masas y nosotros, que somos fragmentos de ellas.

Propaganda

La hora presente es una hora de propaganda calurosa y tenaz. De propaganda y organización. Sin embargo, algunos la aprovechan en actividades contrarias.

Quizás el más serio problema que se les presenta a nuestros organismos es éste: el de la propaganda en esta nueva etapa que estamos iniciando.

Hablemos de la oral, que es la peor entendida y la más deficiente. Por lo que a Cataluña respecta, si exceptuamos a cuatro o cinco camaradas archiconocidos y archifamos, no hay quien pueda ocupar la tribuna con garantías. No se cultiva la conferencia, que es lo más interesante, y cuando se cultiva, se cultiva con una deficiencia enorme. Y con un atrevimiento más enorme aún. Yo he visto improvisar conferencias sobre la formación de los átomos, el origen de los planetas, lo que será el Comunismo Libertario, etc., etc., como para dar sendos ladrillazos en el cogote a los improvisadores ignoras.

Cuando un conferenciante que habla en nombre de nuestras ideas no sabe decir más que vulgaridades, tópicos y latiguillos, levanta una montaña de ridículo en torno a nuestro movimiento. Y el ridículo es una de las armas más eficaces para sumergir a cualquiera en el mar del descrédito y del desprestigio.

Es menester que surjan camaradas dispuestos a hablar en público. Y más dispuestos aún a estudiar en privado. Hay que estudiar y aprender, documentarse, nutrirse de datos y de ideas, para convertir la tribuna popular en un filón de inquietudes mentales, para no hacer el ridículo, para enseñar al que no sabe.

Las Juventudes Libertarias debieran meditar un poco sobre ello. Y no sólo las Juventudes, sino la propia C. N. T. y la misma F. A. I.

Hay que formar a unos cuantos jóvenes estudiosos, para la tribuna. No para convertirlos en oradores, para que se den tono y se engolfen en el lodo de la vanidad. Sino para llevar a todas partes nuestras ideas, nuestras aspiraciones revolucionarias y libertarias, para desentumecer el cerebro de pueblos y aldeas que ya tienen desentumecida la fibra sentimental, para desterrar el analfabetismo mental de los que crean en la política, para esparcir por todo lugar la voz responsable de nuestros organismos revolucionarios. Porque se dan casos en que los oradores no hablan en nombre de la organización cuya representación ostentan, sino en el suyo particular, y no dicen lo que ésta les encomienda, sino lo que a ellos les da la gana.

Hay que organizar la propaganda y controlarla seriamente. Y hacer que cuando en nombre de nuestras ideas se habla, no sea para vaciarse latiguillos, tópicos y tonterías.

Otro día hablaremos de la propaganda escrita; es decir, repetiremos lo tantas veces dicho inútilmente.

Son momentos preciosos, plenos de dificultades y plagados de espumas. Y hay que saberlos aprovechar con eficacia.

Sindicatos y Propaganda.

Propaganda y Sindicatos.

He ahí la consigna.

He ahí lo que hay que hacer.

TORVHO.

CUANDO TODO SE HUNDE

Solo la C. N. T. y el anarquismo inspiran confianza al pueblo productor

Crisis de fondo

Hemos tenido una crisis más en la corta existencia de nuestra República de trabajadores, crisis profunda que patentiza de forma palmaria, el fracaso rotundo y definitivo de la política.

Lucha de partidos, choque de ambiciones y egotismos, en los cuales se invoca irónicamente el nombre de la patria y los sagrados intereses del pueblo.

Y el pueblo, el verdadero pueblo, que un día, dando al traste con la dictadura borbónica, hizo posible el triunfo de la República, mira con rabia y desprecio a los actores de esta comedia protesta y trágica.

Recuerda con dolor, aquel 14 de Abril de 1931, aquel día memorable en que, dueño de sus propios destinos, pudo hacer su revolución, pero conió ingenuamente, se dejó embargar por el canto de sirenas de la política, y otros, más hábiles, más astutos, le arrebataron su triunfo.

Cuatro días apenas duró la borrachera republicana. Las banderas tremolaron al aire; sonaban triunfantes el himno de Riego y «La Marsellesa»; voces emocionadas hablaban de libertad y de justicia; se abstrían por momentos las miradas de los

cárceles; pero quedaron de pie, como un desafío cruel, los muros malditos.

Después...

En nombre del orden republicano la fuerza pública despejó las calles, y los trabajadores, despertando de aquel sueño fugaz, volvieron a la realidad de su trágica existencia.

¡Todo estaba igual!

Cambió de colores la bandera; trapos descoloridos cubrían en los edificios públicos los escudos de la monarquía; los guardias arracaban sus emblemas o los conservaban el stable y el fusil.

¡Había triunfado la revolución burguesa; se había perdido la revolución del pueblo!

No nos lamentemos. Todos tuvimos la culpa. Continuó el campesino trabajando de sol a sol; imperaba en las minas el látigo del capataz; en fábricas y talleres, seguía su curso invariable la explotación del hombre por el hombre. Por doquier, la miseria, el dolor, el desespero.

Y algunos repetían aún con santa ingenuidad: ¡Violencia en república!

POR LOS PRESOS DE ASTURIAS

«Tierra y Libertad» no puede quedar más tiempo indolente a aquella tragedia y abre una suscripción voluntaria para aliviar los casos más apremiantes.

Las detenciones, las persecuciones, las obstáculos múltiples del año transcurrido, nos impidieron llevar a la práctica lo que, desde el principio, hemos considerado ineludible: la ayuda en especie a los camaradas de la C. N. T. y de la F. A. I. en la región asturiana. Apelamos hoy a la solidaridad de todos los anarquistas, y es de suponer que cuando hacemos este llamado, será porque es urgente el socorro.

No creemos siquiera necesario ginton a nuestros camaradas, con todos sus horrores, la situación de los presos de Asturias y León. Socialistas y comunistas han tenido más o menos auxilio de sus partidos, que han podido disponer de recursos mayores que nosotros. Nuestros camaradas se han excluido hasta aquí de esos socorros y es preciso acudir en ayuda de los casos más extremos. En pleno invierno pirineico, hay trabajadores revolucionarios en las cárceles asturianas, casi desnudos y sales para los presidios con los últimos harapos y sin ese socorro mínimo que tantas penurias ahorra en los penales.

Hay que testimoniar a los camaradas de la C. N. T. y de la F. A. I. de Asturias y León que, aun estando todos en la miseria, aún podemos repartir el bocado de pan escaso y hacerles llegar el aliento vivificador de la solidaridad.

TIERRA Y LIBERTAD distribuirá listas de suscripción voluntaria en toda la Península y recibirá para los camaradas de las prisiones de Asturias y León todo lo que se envíe, en dinero, en especie, en ropa. Todo es necesario. ¡Tan necesario como urgente!

TIERRA Y LIBERTAD.

Los envíos han de hacerse a Unión, 19. 1.º 2.º. Barcelona.

LISTA DE DONATIVOS

Brotó, de Calella, 1'00
Una compañera 1'50
Un compañero 1'25
Otro compañero 1'00
Mestres 1'00
Pandiello 1'50
Vapor «Aituri-Mendis» 1'00

Un compañero de un vapor dinamarqués 2'00
Un dinamarqués 1'00
Un marino 1'00
«por Ramón Alonso» 1'33
Un Libertario 1'00
José Urruticococha 5'00
Un Anarquista 2'00
Idem 2'00



Continúa en la página

B/1930